

El Museo Pedro Figari

Ayer, 24 de julio, fue la fecha. Varias exposiciones en Buenos Aires y Montevideo dan noticia de una preocupación común sobre la personalidad artística de quien tuvo, además, una alta investidura humana y una consecuente integración a la problemática social del medio. Aquí, dos galerías particulares —Moretti y Arte Bella— han abierto sendas muestras de su pintura. El Concejo Departamental de Montevideo, por su parte, se apresta a hacer un gran homenaje a la figura del artista; incluirá un acto oratorio y una selección de los ciegos que fueran adquiridos por el Estado y que se exhibirán en el foyer del Teatro Solís, conjuntamente con documentos y con bibliografía a su respecto.

Pero la obra de este pintor uruguayo que es, también, figura universal, no debe seguir exhibiéndose esporádicamente y con motivo de determinadas fechas. La organización de un museo monográfico —que incluya, por supuesto, la producción de su hijo y colaborador Juan Carlos— es algo más que una necesidad nacional: es, también, una obligación, porque implica la erección del gran monumento que corresponde a artista de su talla; y los pueblos deben ser conscientes de los deberes que les impone la presencia en su seno de quienes contribuyen a la consideración de su grandera.

La idea no es nueva ni es original. Cuando la planteé, hace varios años, desde otra publicación montevideana, ya era reiterado eco de un requerimiento advertido, aporte a un planteo ya propuesto varias veces.

Pero las ideas no son buenas porque envejecan. Y los planes exigen que se concreten cuando son válidos. El tiempo pasa. Y esta fecha de ayer sirve, entonces, para señalarlo como acontecimiento grave. Porque también la obra se dispersa y no se salvan las demoras con el arrepentimiento. Tampoco con echarse las culpas unos a los otros. Este del Museo Figari es un problema común, que interesa a los organismos oficiales, pero integra también al pueblo: nos interesa a todos.

Además, no necesitamos que vengan de afuera a indicarnos la importancia de la obra plástica de don Pedro Figari ni es menester que recordemos el volumen que van adquiriendo las colecciones de su pintura en museos y colecciones extranjeras. Hay plena conciencia de su valor. No le agrega nada a esa conciencia, la inclusión de su nombre en la escuela de París o su destaque en la corriente americanista. La ubicación preferente de su aporte a la pintura uruguaya —su relación más amplia incluso— es cosa que puede palpase en todos los ámbitos, que llega a todos los criterios. Y al fin no tenemos una historia del arte tan extensa ni con valores tan maduros como para dispersarlos.

¿No puede fijarse esta etapa del año 1958 como punto de arranque para concretar tan justa aspiración? Pero decidido más acá de los discursos, más cerca que los términos de un decreto. No se marca, con ello, impaciencia. ¿Por qué pedirlo en términos de semanas es decir semanas después de veinte años?; ya es tiempo. Que otras consagraciones aguardan y de ellas también tendremos que ocuparnos.

Al fin la obra de Figari es, no sólo capital; también distinta y separada. No en vano resiste a la pretensión de seguimiento escolástico de los secaces y se erige como unidad independiente.

F. G. E.